bre retirada, escrita, lo puso de improviso entre los sabios historiadores, y hecha, entre los grandes capitanes. Dejando la Grecia.... Pero, príncipe, abuso de mi erudicion.

—Proseguid, proseguid, señora.

Margarita se sonriyó, satisfecha su vanidad de sábia, si no su orgullo de mujer, y prosiguió:

—Despues de los griegos pasé, príncipe, á los latinos, y me pareció que descendia de la morada de los dioses á la de los simples mortales. Virgilio, cuyo laurel sagrado adorna las sienes de los vates, no era el genio creador de Homero: Séneca no se acercaba á Esquilo, no se igualaba con Píndaro Horacio. Tito Livio y Tácito cuentan batallas de hombres: César ve un mundo conocido y quiere ser su dueño, mientras Alejandro suspira, porque el mundo le parece estrecho comparado con su ambicion. Confesaré que los romanos, pasando el arado tres veces sobre la ciudad de Cartago, imitan á los lacedemonios borrando á Mesenia del número de las naciones; pero las batallas de Farsalia y Accium no podrán jamás compararse con las de Maraton, Platea y Salamina. En las primeras se disputaba quién habia de dar leyes al imperio, en las segundas la ecsistencia, como nacion, del pueblo de los semidioses. ¿Qué opinais, príncipe, de estos héroes?

—Los admiro, señora, los admiro, y os admiro á vos mucho mas; repuso el príncipe con un verdadero entusiasmo. Los ojos de la reina de Navarra brillaban tambien, y en ellos podia muy bien leerse una mágica espresion de triunfo. Inmediatamente prosiguió:

—Despues de haberme formado un mundo habitado por semidioses, juzgad si me parecerian pequeños los hombres que me rodeaban. No necesitaba compararlos con los héroes de Grecia y Roma, para encontrarlos miserables: me bastaba tender la vista á la irrupcion de los pueblos del Norte para encontrarme con Atila, *Azote de Dios*, que decia: "*Donde mi caballo fija la planta, no nace yerba;*" ó con Alarico abrevando los fogosos brutos del desierto en las bruñidas termas de Roma. Tambien encontraba en la edad media á Godofredo de Bullon y á los caballeros cruzados, tremolando en la Palestina el estandarte de la Cruz. Loca, príncipe, con mi mundo, soñaba cada noche un héroe, y al despertarme padecia los tormentos del que se encuentra con una esperanza burlada. Una noche, bien la recuerdo, habia soñado como de costumbre, y mi cerebro enardecido se habia trazado una figura como los mayores tipos griegos. Su frente tersa y despejada aparecia en toda su hermosura, brillaban sus radiantes ojos como los de Aquiles, é imponia temor y respeto con su continente marcial. De alta y elegante estatura, aparecia enteramente armado, brillando en su diestra una espada, salpicada de negra sangre. Marchaba con seguro paso sobre los mutilados troncos, y cada vez que movia los labios creia oir la palabra ¡Victoria!

—¡Hermoso sueño! esclamó el príncipe.

—¡Oh! ¡hermoso sueño, muy hermoso! A las descargas de la artillería se siguió un silencio profundo, y el héroe.... príncipe, esta fué la parte mas deliciosa de mi sueño: el héroe recibió su corona de las manos de Margarita.

—¡Mucho padeceríais, señora, al despertar! observó el príncipe, participando del entusiasmo de la reina.

—Al despertar, repuso Margarita con voz conmovida, supe todos los pormenores de la batalla de Lepanto.

—¡Señora!

—De esa gloriosísima batalla, que dió el imperio de los mares al estandarte de la Cruz: de esa batalla, que hizo al príncipe D. Juan de Austria el primer capitan del siglo.

—¡Señora!

—Perdonadme, príncipe, si mortifico vuestra modestia: soy entusiasta, y desde aquel dia fuísteis mi ensueño y aun mi Dios. ¡Cuánto ansiaba conoceros, cuánto! ¡Qué planes tan locos formaba mi calenturienta fantasía! Cuando me dirijí á Namur no tenia la esperanza de encontraros.... la esperanza, sí, porque mi corazon latia como no ha latido jamás. Os ví, príncipe, y realizásteis mis mas deliciosos ensueños: encontré en vos el rostro que me habia trazado la idea, y aquel continente marcial que daba á Hector y á Alejandro. Juzgad si necesitaria hablar con vos, veros, oiros; reducir un instante el mundo para habitar sola con el héroe; arrodillarme ante sus plantas y adorarlo como á mi Dios.

Margarita cayó de rodillas ante el príncipe: sus ojos despedian una llama radiante, y sus cabellos sombreaban una garganta de marfil. ¡Qué hermosa estaba Margarita! El príncipe la contemplaba en un éstasis delicioso: veia las palpitaciones de su pecho, el movimiento de sus labios, el suave carmin de sus mejillas, y cómo se cerraban sus ojos melancólicos y apagados. De improviso apoyó la reina su cabeza sobre las rodillas del príncipe, como si hubiera cedido al peso de una emocion estraordinaria: el guerrero se estremeció, y murmuró, haciendo un esfuerzo:

—¡Señora!...

La reina permaneció inmóvil.

—¡Margarita! repitió el príncipe cojiendo sus manos.

Margarita no movió sus labios siquiera. D. Juan sostuvo su cabeza, cojió su delgada cintura, y alzándola, como á una pluma, la sentó sobre la banqueta. Margarita apoyó su frente sobre el corazon del austriaco, que ceñia su talle para sostenerla mejor. El príncipe se estremecia cada vez que fijaba sus ojos en el semblante de la hermosa: luchaba contra mil afectos, y no sabia cómo poner fin á tan encarnizada lucha. Queria llamar, pero ¿qué decir á las camaristas de la reina? Permanecer teniendo en sus brazos á una mujer tan entusiasta, tan entendida, noble y hermosa, agotaba sus buenos propósitos, y era empresa muy superior á las fuerzas de un simple mortal. Apartaba D. Juan sus miradas de la encantadora mujer; pero hubo un momento en que el príncipe no fué dueño de contenerse, y vió una lágrima correr por la mejilla de la reina.

Aquella lágrima esplicaba una larga historia de amor: aquella lágrima no debia perderse, y el príncipe la cojió en sus labios: mas volviendo en sí, alzó la cabeza, miró al espejo, y lanzó un grito de espanto y dolor á la vez.

—¡Príncipe! esclamó Margarita, levantándose sobresaltada.

—Mirad, señora: dijo el príncipe tendiendo la mano hácia el espejo.

—*¡La dama negra!* esclamó Margarita, que conocia las tradiciones alemanas.

—*¡La dama negra!* repitió D. Juan, lanzando un profundo suspiro y saliéndose de la estancia.

CAPÍTULO XVII.

LA CÁMARA.

La aparicion de *la dama negra* sorprendió al príncipe D. Juan, que no tenia el mas pequeño antecedente de su salida de Bruselas, como una muda acusacion, ó como la presencia de un padre sorprende al hijo que delinque: pero la reina de Navarra quedó pálida, como un cadáver, considerándola una aparicion, mensajera siempre de desgracias. El austriaco no intentó siquiera ecsaminar la habitacion; pero la reina Margarita, cuya vida, en suma aventurera, le habia presentado mil ocasiones de adquirir presencia de ánimo, se repuso antes de llamar á sus damas, echó una ojeada en derredor, y solo cuando estuvo sola con su confidenta y favorita, manifestó que habia oido ruido durante su conversacion con el príncipe, y que le parecia prudente registrar el gabinete, y aun la alcoba. Se verificó este registro sin dar el mas leve resultado, y Margarita se acostó, pensando en la gran habilidad que habia desplegado en su comedia, y maldiciendo el imprevisto desenlace.

D. Juan cruzó las antecámaras de la reina, sin saludar siquiera á las damas que en ellas habia, las que quedaron descontentas del poco galante castellano; atravesó varios corredores, cruzó tambien sus antecámaras, sin parar la atencion un instante en sus mas íntimos amigos, y entró en su cámara; pero en ella quedó sorprendido y confuso como no podia imaginar.

En un rico sillon dorado, forrado de damasco azul, estaba sentada una mujer, á juzgar por su traje talar y sus delicadas manos; y el príncipe reconoció en ella á su adorada *dama negra*. A pocos pasos de la dama estaba Gonzalo, de pié y en actitud meditabunda; al ver al príncipe, saludó y salió, cerrando la puerta tras sí. D. Juan se acercó algunos pasos á su misteriosa beldad, y tartamudeó algunas escusas.

—Callad, le replicó la dama con voz metálica y sonora, no me digais una palabra; ó mejor dicho, respondedme: ¿á qué habeis venido á Namur?

—He venido, respondió el príncipe queriendo encontrar una disculpa en el verdadero motivo de su viaje, he venido á Namur, porque los traidores me rodeaban, porque necesito reposo.

—¿Y qué esperabais conseguir saliendo de Malinas?

—Estar lejos de las traiciones; vivir en paz algunos dias.

—Os habeis engañado, príncipe. La traicion os sigue á todas partes: la paz estará siempre lejos de vuestro corazon, D. Juan.

—Lo sé por desgracia: lo sé, y ahora estoy haciendo la esperiencia.

—¿En qué os fundais para creer lo que acabais de proferir?

—Antes que yo entraron en Namur dos hombres á toda carrera.

—¿Sabeis quiénes son esos hombres que os siguen con tanto teson?

—No los conocí, tan bien ocultaron sus rostros.

—¿Sabeis en dónde paran esos dos hombres tan temidos?

—No lo sé; y ¡vive Dios! que holgara mucho de saberlo.

—Están alojados, D. Juan, en el *parador de los caballeros*, cuarto principal número 3. ¿Queréis saber cómo se llaman?

El príncipe guardó silencio, aunque revelaban sus ojos una viva curiosidad.

—Se llama el uno, prosiguió la dama, el capitan Roberto; es el otro Mos de Theron, vuestro encarnizado enemigo.

—¡Mos de Theron! murmuró el príncipe, llevando su mano á la espada.

—Mos de Theron y Felipe de Marnis: los dos enemigos de D. Juan.

Hubo un instante de silencio: la dama prosiguió despues:

—¿Sabeis algo mas de traiciones? ¿A mas traidores conoceis? preguntó la dama.

—Nada mas sé, repuso el noble caballero.

—Poco sabeis, príncipe. En el espacio de veinte y cuatro horas han llegado á Namur mas de seiscientos soldados alemanes: el pretesto de su venida es reclamar algunos atrasos; el objeto, reunir una fuerza formidable para disponer á su antojo del gobernador general. ¿Sabeis quién los llama y reune?

—No lo sé, dijo el austriaco tristemente, y adelantándose algunos pasos.

—Los llama el capitan Roberto, que será su jefe inmediato.

—Los llama el capitan Roberto, murmuró D. Juan.

—¿Qué mas sabeis? volvió á preguntarle la dama.

—Repito otra vez que nada sé.

—¿Conoceis, príncipe, á Eduardo de Bouneville, señor de Capres?

—Lo conozco: lo he visto repetidas veces y he hablado con él otras muchas.

—¿Quién es Eduardo de Bouneville, señor de Capres?

—Uno de los miembros mas influyentes de los Estados generales.

—¿En dónde se encuentra á estas horas el señor de Capres?

—En Bruselas, de donde creo no habrá salido.

—Os equivocais: está en Namur el señor de Capres.

—¡En Namur! O vos ó yo estamos soñando, y en permanente pesadilla.

—*En el parador de los caballeros*, cuarto principal número 2, se aloja Eduardo de Bouneville. ¿Sabeis, príncipe á qué ha venido?

—No lo sé, señora, no lo sé; y, lo que es mas, temo saberlo.

—Viene comisionado por los Estados generales, para que volvais á Bruselas. Este es su intento, ó á lo menos esta es su aparente mision.

—No se ha presentado en mi corte, y mal puede cumplir su intento.

—Mañana se presentará. ¿Sabeis en qué se ocupa?

—No. Os repito que nada sé. ¿En qué se ocupa Bouneville?

—En congraciarse con el ayuntamiento y pueblo de Namur.

—La ciudad me ha recibido en triunfo: la ciudad me adora....

—Las ciudades, D. Juan, y los hombres mudan muy pronto....

—Señora....

—Escuchad el secreto de la conspiracion. Bouneville os entretiene con sus instancias, en tanto que Mos de Theron, que ha tomado el nombre de capitan Rodolfo, organiza sus aventureros alemanes: si consentís en ir á Bruselas, os llevarán entre víctores y aclamaciones; si os resistís, Mos de Theron y sus alemanes os acometerán en cualquier parte. No prepararán emboscadas, no se pararán en los medios. A la luz del sol ó en las tinieblas de la noche, en vuestro palacio ó en la iglesia, en la calle ó en el paseo, seréis víctima, príncipe D. Juan, si no evitais este péligro.

D. Juan inclinó la cabeza, como agobiado bajo el peso de sus tristes meditaciones; *la dama negra* prosiguió:

—En *la gruta de la Magdalena* os prometí velar por vuestra vida, descubrir las maquinaciones de vuestros pérfidos enemigos; muy pocos hombres hubieran osado ofrecer otro tanto, y con todo, no han sido vanas mis promesas. ¿Estais contento de mis servicios?

—Profundamente agradecido á vuestro singular favor.

—Pues de hoy en adelante, príncipe D. Juan, velad por vos; ahora mismo acaba mi tutela: hoy dejais de ser mi pupilo.

—El príncipe guardó silencio, y la *dama negra* prosiguió:

—Pero como los servicios pasados merecen alguna recompensa, estoy dispuesta á reclamarla; y la ecsijiré de vos, príncipe.

—Pedid mi sangre si queréis, repuso el austriaco.

—Vuestra sangre no....es mucha paga para tan pequeños favores. No pediré yo vuestra sangre: es mucha paga para mí.

—La sangre de un hombre de honor pertenece á quien ha salvado su honra: y así os pertenece mi sangre.

—¡La sangre de un hombre de honor!....Bien, D. Juan, respondedme á esta sola pregunta: ¿Cuándo se marcha de Namur la reina Margarita? dijo la dama, interrumpiendo la conversacion empeñada.

—Esta tarde debe salir para el término de su viaje.

—Juradme no verla.... ¿Qué, dudais?.... Juradme no verla.

—No puedo jurarlo, señora, murmuró D. Juan tristemente.

—Juradme al menos no acompañarla, repuso la dama.

—Lo juro, señora, por mi honor, dijo D. Juan solemnemente.

—Gracias, D. Juan: decid ahora al jóven Gonzalo que me acompañe hasta la puerta del palacio. Nada mas tengo que pediros.

La dama negra se levantó con resuelto ademan, el príncipe la detuvo, diciendo con acento dulce y sombrío:

—Tú no puedes alejarte así de esta estancia; te he escuchado hasta el fin, queriendo castigar mi loco desvarío; pero dejarte marchar de aquí, no lo esperes nunca, no lo esperes. Tú eres mi sueño de ventura, la dulce ilusion de mis amores, mi felicidad sobre la tierra; y no puedo renunciar á una dicha que envidiaran los ángeles del cielo, que los querubines desean.

—Dejadme, D. Juan, dijo la dama, adelantándose algunos pasos.

—Es imposible: tu dulce voz es á mis oidos una música celestial; respiro tu aliento embalsamado, y una chispa del fuego de tus ojos me consume á un tiempo y me da vida. Tú has sido mi ninfa misteriosa, y yo he adorado tu misterio: me has dicho que te llamas María, y tambien he adorado tu nombre. ¿Quién puede amar como yo amo? ¿Quién es mas digno de tu amor?

—Callad, D. Juan: callad, D. Juan. ¿No quema vuestros labios, príncipe, el dulce nombre de María? ¿No os estremeceis al pronunciarlo?

La jóven pronunció estas palabras con un acento inesplicable; el príncipe bajó los ojos enteramente avergonzado, y la dama continuó con lúgubre y solemne acento:

—El tres de Julio, han pasado veinte y dos dias, habitabais, príncipe, en vuestro palacio de Bruselas: á las diez y media de la noche entró en vuestra cámara una mujer, envuelta en un manto de seda, que le bajaba hasta los piés y cubria el rostro enteramente. A peticion vuestra, noble príncipe, la dama se echó atrás el manto, y retrocedísteis contemplando el rostro de María Estraten. "¿A qué venís aquí, señora?" la preguntásteis. "A salvaros, D. Juan de Austria," repuso la jóven. "¿A salvarme?" "Sí, ilustre príncipe, la hija de Cornelio Estraten conocia el nombre del amante que lo callaba cauteloso, y aunque humilde hija de un armero amaba al hijo de un monarca con respeto y con frenesí:" ¿no fueron estas sus palabras?.... Respondad, D. Juan, respondad. ¿No fueron estas sus palabras?

—Esas fueron, murmuró el príncipe con abatimiento y dolor.

—"Silencio, señora, silencio," respondísteis. "Que no profanen vuestros labios el nombre de amor; que no mienta, ni me obliguen á ser grosero con una dama." "¡Príncipe D. Juan!" esclamó la jóven. "Abreviemos. ¿Teneis que pedirme algo, señora?" dijísteis entonces.

—¡Oh! ¡María! esclamó el austriaco bajo el peso de un doloroso frenesí.

—¿Recordais sin duda la mas pequeñas circunstancias de aquella entrevista, vuestra crueldad y el dolor solemne de María?

—Las recuerdo, señora, las recuerdo y nunca las olvidaré.

—Pues bien, príncipe, lastimasteis á una mujer que os amaba mucho, que era inocente, y que hubiera muerto por vos con un placer inesplicable.

—Inocente, murmuró D. Juan con acento ronco y sombrío.

—Tan inocente como un niño sobre la pila bautismal. ¿Queréis oir su justificacion? ¿Tendréis valor para escucharla?

—Señora....tartamudeó el príncipe con manifiesta turbacion.

—La oiréis de mis labios. Necesitando, para prevenir las traiciones que se tramaban en contra vuestra, tener un instrumento dócil y que conociera al mismo tiempo los planes de los conjurados, fijó su atencion en Guillermo, y se impuso la dura obligacion de recibirlo media hora diaria....

—¡Es posible! esclamó D. Juan, aprocsimándose á la dama.

—Es seguro, príncipe D. Juan, es seguro, dijo la dama secamente.

El príncipe, triste y confuso, guardó doloroso silencio: en aquel momento María se presentó pura y hermosa ante sus ojos, pero al mismo tiempo escuchaba la voz simpática de aquella mujer misteriosa que le esclavizaba á su pesar. Acosado por sus recuerdos, por los remordimientos pasados, y por la debilidad de aquella noche, era una frágil navecilla á merced de embravecidas olas que anhela encontrar el escollo para estrellarse de una vez.

—Llamad á vuestro paje, dijo la dama con tranquila voz.

—¡Señora! esclamó el jóven príncipe, arrodillándose á sus piés, tened compasion de un insensato cuya razon habeis turbado, cuya ecsistencia envenenais, y que sin embargo os adora.

—¡Oh! D. Juan; aun veo en vuestros labios la lágrima de Margarita de Valois, dijo la dama retirándose.

—Tambien me veis arrodillado, veis húmedas tambien mis pupilas.

—"¿Serán inútiles mis ruegos?" os dijo María arrodillada, como lo estais vos en este momento: os responderé lo que respondisteis: "Son inútiles: olvidad, príncipe, cuanto ha pasado entre los dos," y eso que vos no podeis decir como ella: "¡Olvidad! ¡jamás! María, es muy fácil decir á un hombre, á quien no hemos amado y que nos cansa con sus amores: *olvidad:* pero no olvida quien añadió leña al incendio para consumirse en sus llamas. El hombre que diviniza á una mujer, que sabe hacer de ella una deidad, podrá morir á fuerza de amarla; pero ese hombre jamás olvida." Vos no podeis decirlo, príncipe, porque yo os amaba como á.... Dios.

—¡Perdon, perdon! esclamó D. Juan arrodillado.

—Perdon, no. No podréis decir como ella: "Soy inocente."

—Pero tendré bastante valor para confesar que soy culpado.

La voz del príncipe, al pronunciar estas palabras, era sumisa, pero al mismo tiempo vibraba con imponente majestad. La dama veia arrodillado al héroe ante cuyas plantas se habia prosternado Margarita, y esta humilde actitud debia conmover su corazon de amante, halagando toda su vanidad de mujer. La palpitacion de su pecho manifestaba claramente una gran parte de su emocion, pero era difícil creer en ella, oyéndola decir:

—D. Juan, levantaos, que un héroe no está bien en tan humilde posicion.

—Así esperaré mi sentencia, repetia el príncipe postrado.

—Os envileceis, os envileceis, la inflecsible dama murmuraba.

—¡Envilecerme! ¿Y por qué, señora? esclamó D. Juan con entusiasmo.

—Porque estais postrado á mis piés, porque estais postrado....

—¿Estoy postrado ante la mujer que tanto adoro?

—Príncipe, ante María Estraten.

La dama se arrancó la máscara con un movimiento de noble orgullo, y el hermoso rostro de María apareció como ceñido por una mágica aureola. El príncipe, absorto un momento, no dejó su humilde actitud; y con un acento inesplicable, porque era la espresion de un alma noble, dijo:

—Perdóname, María Estraten, perdóname, yo te lo ruego.

La jóven movió la cabeza, como vacilando, y el príncipe añadió:

—Sí, María, yo te pido humilde perdon, por lo que mas ames en el mundo.

—Os perdono, dijo la jóven con un ademan imponente. El príncipe se levantó.

—¡Gracias, María! esclamó D. Juan de Austria, intentando cojer una mano, que la hija de Cornelio Estraten retiró con indomable orgullo.

—Deteneos, príncipe, dijo la jóven, os he concedido mi perdon, pero de ningun modo mi amistad. Entre los dos nada hay comun.

—¡Tu amistad tampoco me basta: quiero tu amor! esclamó el príncipe.

—¡Mi amor, mi amor! dijo María casi delirante y retrocediendo algunos pasos: ¡mi amor el hombre que me ha vendido, que me ha sido dos veces infiel; la primera conmigo misma, porque en *la dama negra*, príncipe, no aparecia la pobre hija del armero; y la segunda con Margarita de Valois, princesa de Francia y de Bearme.

—¡María! ¡María! esclamó D. Juan suplicante.

—No, príncipe D. Juan, no. El amor del hijo de los reyes, inconstante, falso y liviano, podrá morir, reproducirse, reducirse á la nada ó cambiar; pero el amor de la hija del armero nace una vez, una vez muere, y no se reproduce nunca, porque nunca cambia de objeto. ¿Me comprendeis bien, me comprendeis?

—No me atormentes así, María; tu me has amado, tú has sacrificado el reposo, y hubieras perdido la vida por ampararme y defenderme: tú has sido mi fé, mi esperanza, el ángel de luz que me guiaba por un intrincado laberinto, la deidad que me bendecia, el genio que me aconsejaba. Tú me deslumbraste a la luz del sol con tus encantos, tú me sedujiste bajo ese tupido antifaz con las dotes de tu talento; mi alma adivinaba tu ecsistencia bajo ese ropaje, mi alma volaba hácia tí, bien lo sabes.

—No prosigais, príncipe D. Juan. Nada hay comun entre los dos.

—Sí, la *dama negra* me amó siempre, y no puede menos de amarme. Es mas fácil arrancar el corazon del pecho, sin perder la vida, que arrancar de un corazon amante el hermoso gérmen de su amor.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró María, cubriéndose el rostro con las manos.

—Escúchame, prosiguió D. Juan. Si fuera posible arrancar ese am r divino é inmenso, no osariamos tampoco intentarlo: y ¿sabes por qué, hermosa mia? porque arrancando nuestro amor renunciábamos enteramente á esos ensueños que nos sonrien, á esas esperanzas que nos embriagan, á esos recuerdos que nos deleitan. ¿Es verdad, María' que esos ensueños son una vida íntima, oculta, rica en mágicas ilusiones, en inmensa felicidad?

—Sí, sí, respondió María, balbuciente.

—¿Es verdad que esas esperanzas son una vida anticipada, llena de goces inefables y sin una sombra de dolor?

—Sí, sí.

—¿Es verdad, María, que esos recuerdos son una vida, que se reproduce á cada instante para no acabarse jamás?

—Sí, dijo la hija del armero con estraordinaria turbacion.

—Pues bien, María, añadió D. Juan, adunémos los ensueños, las esperanzas y los celestiales recuerdos; amémonos como yo te amo, y vivamos los dos felices en una atmósfera de amor. Ahora nada falta á mi dicha. Me abraso en la luz de tus ojos, respiro el aroma de tu aliento, escucho tu voz, dí que me amas, y me verás loco, en un delirio de felicidad y de amor.

Apasionado era el acento del príncipe D. Juan de Austria, y suplicante su ademan: la hija de Cornelio Estraten guardaba profundo silencio, y la inmovilidad de sus pupilas revelaba honda y grave meditacion. Unidos sus labios de rosa, delicadamente trazaban una estrecha línea de carmin, y sin la agitacion de su pecho, hubiera podido pasar por la estátua de Pigmalion, hermosa, correcta y sin vida.

Contempló el príncipe á la dama algunos minutos, sin osar romper la cadena de su éstasis, como teme una tierna madre turbar el sueño de su hijo, pero adelantándose despues, murmuró á su lado:

—María.

—Príncipe, repuso la jóven, mal articulando la palabra, como quien vuelve de un letargo; y D. Juan apoderándose velozmente de la blanca diestra de María, añadió con triunfal acento:

—Ya están unidas nuestras diestras, para no desunirse nunca.

La hija de Cornelio Estraten se estremeció visiblemente, como si acabara de sufrir una terrible descarga eléctrica; retiró su mano, lanzó un grito, y retrocediendo algunos pasos, esclamó:

—Escuchad, príncipe, escuchad. No penseis mas en los amores de la *dama negra*, de esa mujer que guardó rigoroso incógnito, porque esos amores no los reconoce María.

Y tendiendo su diestra hácia D. Juan, que tímidamente se acercaba, como la tiende Dios al océano, para que no traspase sus límites, desapareció, dejando al príncipe confuso, vencido y humillado.

CAPÍTULO XVIII.

EL HOMBRE PONE, Y DIOS DISPONE.

Por el aviso de María Estraten al gobernador general, sabemos que Mos de Theron á nombre del capitan Roberto, estaba reuniendo en Namur todos los soldados alemanes que voluntariamente se presentaban, y algunos que le dirijian Hesse y Lalain desde Bruselas. Esta falanje, segun la espresion de María, constaba de quinientos hombres lo menos, y muy en breve podrian sus jefes intentar el golpe de mano con seguridad de buen écsito.

A las siete de la mañana del 26 de Julio Bouneville, Theron y el capitan Roberto, estaban reunidos en la habitacion del primero, felicitándose mútuamente por los visibles adelantos que la conjuracion hacia, y disponiéndose Bouneville á desempeñar su comision cerca del príncipe, para calcular con mas acierto en vista de su resultado: sin embargo, Mos de Theron no necesitaba nuevas noticias; tenia resuelto en su interior organizar en dos ó tres dias los aventureros alemanes, y sin mas espera, apoderarse de la persona de D. Juan.

El príncipe pasó una noche de insomnio y de desasosiego, meditando las dos escenas que habian pasado poco antes. El lenguaje de Margarita, brillante, erudito, apasionado, resonaba aún en los oidos del bizarro conquistador; y algunos momentos su orgullo quedaba triunfante y satisfecho, viendo á sus plantas á una mujer, reina por rango y hermosura. Pero la historia de Margarita era pública por desgracia; D. Juan la conocia casi tanto como Enrique de Borbon, su esposo; y sabia que aquella mujer entusiasta, antes de adorar á los héroes, se habia arrastrado ante los hombres con el descaro de una cortesana, buscando placeres de serrallo en vez de delicias de amor. Estas reflecsiones las-

timaban hasta el amor propio del príncipe, creyéndose miserable juguete de una comedia repetida y perfectamente ensayada. Junto á la reina de Navarra se levantaba mas hermosa, y tan pura como los angeles, la figura de María Estraten: mujer y niña a un mismo tiempo, altiva y tierna, heroica en sus grandes sacrificios, y heroica tambien cuando vengaba con noble desden dobles ofensas. Perder á esta hermosa criatura era salir del paraiso, como nuestros primeros padres, para lanzarse en otro mundo de incertidumbres y de afan, era apartarse de la luz para sumirse en las tinieblas, era querer hallar la vida separándose del calor. D. Juan conocia todo el precio de la mujer que habia perdido, y estaba dispuesto á recobrarla, volviendo la paz y la dicha á su angustiado corazon. A las ocho de la mañana llamó al intrépido Gonzalo, le hizo sentar á la cabecera de su cama, y le dijo:

—¿Sabes, Gonzalo, al *parador de los caballeros?*

—Perfectamente; y tengo que decir á V. A. lo que no he podido contarle por falta de tiempo y ocasion, repuso el fiel y joven paje.

—¿Tienes que decirme, Gonzalo? preguntó el príncipe con bondad.

—Sí, señor: y siento en el alma no haber podido hacerlo antes.

—Habla, Gonzalo, ya te escucho; has picado mi curiosidad.

—Al comenzarse anoche el baile recibí un billete.

—¿Un billete? ¡vive Dios! que es grave la historia.

—Y muy lacónico por cierto: estas terminantes palabras: "Caballero Gonzalo, os espera en el *parador de los caballeros*.—La dama negra. Ni una sílaba mas, señor.

Don Juan miró al paje atentamente y siguió guardando silencio; Gonzalo prosiguió:

—No os podia noticiar, señor, esta cita, y era mi deber concurrir á ella, como vuestro leal servidor y tambien como caballero. Acudí, pues, inmediatamente, subí al piso principal y pregunté por una señora, no pudiendo dar otras señas maesse Albino, que así se llama el dueño del parador: tiene trazas de hombre muy agudo; y sin hacerme mas preguntas me introdujo en una antesala, amueblada con el mayor lujo y elegancia, anunciándome, pues habia tenido buen cuidado de preguntarme nombre y apellido. Maesse Albino se retiró discretamente, y á pocos momentos apareció *la dama nagra*. Mucho os agradezco, me dijo, con su voz cadenciosa y pura, que hayais acudido tan pronto á mi invitacion." "Los españoles, la respondí, no hacen esperar á las damas." "¿Tendréis la bondad de acompañarme?" " Hasta el fin del mundo, señora." Entonces se apoyó en mi brazo, y nos dirijimos hacia aquí. "Sé, Gonzalo, me dijo en la calle, que teneis siempre una llave, para penetrar en la camara del noble príncipe por una puertecilla escusada. ¿Queréis hacerme entrar por ella?" "Con mucho gusto," contesté; y atravesando los corredores, la traje á esta cámara, señor.

—¿Y no te has separado de ella en toda la noche?

—Sí, por cierto. Me rogó encarecidamente que no perdiera por su causa el sarao, y tuve que condescender.

—¿En el momento que se acabó el baile, volviste á mi cámara, Gonzalo, ó permaneciste ausente de ella?

—Os estuve esperando en los pasillos; pero como tardabais mucho, vine á la cámara, y acababa de entrar en ella cuando os presentasteis, señor.

—Todo ha podido suceder, murmuró el príncipe: y añadió despues: Vé, Gonzalo, al *parador de los caballeros*, preséntate á la *dama negra*, y suplícala, de rodillas, si es necesario, que venga á verme. No vuelvas sin ella, Gonzalo.

Gonzalo no esperó nuevas instrucciones, y desapareció al momento: tanto anhelaba ver cumplidas las órdenes de su señor.

Hemos dicho en otra ocasion, y permítasenos repetirlo. "Decir que la reina Margarita amaba al príncipe D. Juan, seria profanar la palabra amor y realzar el corazon de una mujer enteramente corrompida; pero sí puede asegurarse, que la voluptuosa Diana sentia hacia el príncipe una aficion mas entusiasta que la que tuvo á Entragues, Charrins y Martigues; mas dulce que la que la inspiró el duque de Guisa; mas penetrante que la que sintió por sus hermanos los duques de Anjou y Alenzon; mas poética que la del desgraciado La Molle; mas lánguida que la de Saint Luc; mas punzante que la contrariada de Bussy; mas irritable que la del duque de Maine; en una palabra, la pasion que podia sentir una mujer como Margarita de Valois." Con esta disposicion de animo y contrariada en sus intentos de manera tan imprevista, no durmió la reina de Navarra mucho mas que el príncipe, y cuando este daba sus órdenes á Gonzalo, conversaba la hermosa francesa con su camarera favorita. Acostumbrada Laura á las íntimas confianzas de Margarita de Valois, no temió tomar la iniciativa, y viendo despierta á su señora, mas temprano que de costumbre, se sonriyó maliciosamente y la dijo:

—He notado, señora, que la entrevista de V. M. con el príncipe ha tenido malas consecuencias.

— No te entiendo, Laura; y desearia que hablaras con mas claridad.

—V. M. ha pasado una noche de insomnio.

—Es verdad que he dormido mal: no quiero negártelo, Laura.

—Hay conferencias, replicó la taimada Laura, que cuando se prolongan mucho quitan el sueño: ¿no es verdad?

Margarita se sonriyó, confirmando con su sonrisa la suposicion de la jóven; pues la brillante reina de Navarra no tenia el menor inconveniente en confesarla sus deslices, pero se guardaba muy bien de revelarla circunstancias que podrian ser interpretadas como una completa derrota.

—Me parece, dijo la reina, que tampoco has dormido bien: lo que estraño sobremanera, por no ser esa tu costumbre.

—Y sin embargo os juro, señora, que no he te-

nido la menor causa, ni un leve pretesto siquiera.

—¿No has visto ningun caballero en la corte del príncipe digno de llamar tu atencion, ó pecas ya de indiferente.

—Sí por cierto, he visto galanes muy bizarros; pero mi hermoso barbilampiño está celoso como un turco, y no me ha dejado respirar.

—¿Desde cuándo los servidores de mis damas han adquirido el fatal derecho de mostrarse celosos, Laura?

—Desde que nos sirven de escolta y saben todos nuestros pasos.

—¿Y desde cuándo mis hermosas damas han perdido aquella destreza, que las distinguia en todos tiempos, y que las hacia salir airosas de los lances mas comprometidos? observó la reina Margarita con maliciosa reticencia.

—Desde que nuestros caballeros han dado en mostrarse celosos, repuso Laura con perfecta tranquilidad.

—Segun van cambiando las cosas, llegará dia en que merezca mi sobrenombre de *Diana:* y quizás no estará muy lejos.

—Seria una terrible desgracia, que es indispensable conjurar.

—Sobre todo si le añaden un adjetivo, y me dicen *la casta Diana.*

—Seria una monstruosidad.

—Monstruoso es lo que me has contado, Laura. ¿Qué dirá la corte del príncipe de la amabilidad francesa?

—Puede ser que la corte murmure; pero S. A....

—Maliciosa.

—Mejor seria llamarme adivina.

—Lo mismo da, lo mismo da.

Margarita se incorporó un tanto, apoyando el codo en los mullidos almohadones; retiró con sus rosados dedos los deshechos rizos, que cubrian una gran parte de su rostro, pálido por la mala noche, y preguntó:

—Qué hora será, Laura?

—El péndulo, que desde aquí distingo, marca las ocho y media, hora que convida á dormir, particularmente despues de una noche de insomnio.

—He oido decir que D. Juan de Austria se levanta temprano, Laura, observó la reina Margarita.

—Costumbre adquirida sin duda en los campamentos, señora.

—Como he pasado mala noche, tengo una pesadez.

—V. M. puede permanecer acostada, que la será muy conveniente.

—Tenemos que salir esta tarde para Lieja.

—¿Nos acompañará el jóven príncipe?

—No sé. Estoy indispuesta, como os he dicho: se va haciendo tarde, y desearia hablar con D. Juan.

—Si S. A. es madrugador, respondió Laura con maliciosa sonrisa, nada mas fácil.

—¿De qué modo?

—Suponga V. M. que salto del lecho, tomo un peinador, me lo ajusto, calzo unas chinelas, que dejarian ver mi desnudo pié con una falda menos cumplida, y en un traje muy de mañana llego á la antecámara del príncipe; me hago anunciar, paso á la cámara, y le digo que V. M. se halla indispuesta y que desea hablarle.

Laura se habia arrojado efectivamente de su lecho, y estaba vestida del modo que acababa de describir.

—Es verdad, contestó la reina, que puede suceder como dices. Tienes un ingenio admirable.

—Y sucederá ciertamente si V. M. me autoriza, añadió la astuta camarera.

—Tienes tan buenas ocurrencias, que seria un dolor contrariarlas. Puedes hacer, querida Laura, cuanto te aconseje tu ingenio.

—Solo advierto á V. M. que las conferencias muy largas producen insomnios, añadió Laura desapareciendo como una flecha.

Sola Margarita, se inclinó hácia una mesita de noche; cojió un peine, que pasó suavemente por sus cabellos, medio perfumados aún; untó á sus labios un específico del célebre maesse Renato, que inmediatamente les daba mas frescura, color y suavidad: se miró en un pequeño espejo, embutido en estuche de nácar; pasó por su cara una toallita empapada en un licor blanco, obra del mismo perfumista: se lavó los ojos con esencia de limon, diluida en agua destilada; y satisfecha de aquel tocado matinal, tomó la misma actitud lánguida que habia tenido durante su anterior diálogo, y quizá se trazó en la mente bellos fantasmas de placer.

Una hora despues de haberse marchado Gonzalo, y momentos antes de salir Laura de la alcoba de Margarita, entró en la antecámara del príncipe el caballero Bouneville. Juan Bautista de Tarsis paseaba por ella lentamente, y acercándosele el caballero, le dijo:

—Hacedme el favor de anunciarme á S. A.

—¿Vuestro nombre? preguntó Tarsis secamente.

—Eduardo de Bouneville, señor de Capres.

—Eduardo de Bouneville, señor de Capres. No se me olvidará vuestro nombre, y S. A. sabrá que ha estado aquí Eduardo de Bouneville, señor de Capres.

—No deseo que le digais mi nombre, deseo hablar con S. A.

—Desistid por hoy de ese empeño, repuso Tarsis con frialdad.

—¿Por qué motivo? preguntó el señor de Capres, encontrándose contrariado.

—Porque se halla enfermo S. A.

Eduardo no respondió á Tarsis, y se volvió no muy satisfecho, al *parador de los caballeros.*

Al salir el señor de Capres, entró en la antecámara Laura, vestida muy ligeramente, pero risueña y seductora. Cruzó la estancia, y acercándose á Juan Bautista,

—Muy buenos dias, señor de Tarsis, le dijo con alegre acento.

—Dichoso dia, hermosa señora, respondió Tarsis cortesmente.

—Desearia hablar al noble príncipe, si me lo permitís, señor.

—No es posible en este momento, y me aflije mucho, señora.

—Vengo á hablarle de parte de la reina.

—Lo siento en el alma, señora; pero S. A. está enfermo, y duerme un poco en este instante.

—Las conferencias demasiado largas tambien causan enfermedades, murmuró Laura alegremente, y despidiéndose de Tarsis, con su dulzura acostumbrada, se volvió á la cámara de la reina.

—¿Qué tenemos? preguntó Theron á Bouneville, viéndolo de vuelta en la posada.

—No he visto al príncipe, capitan Rodolfo, le contestó el señor de Capres.

—¿Por qué? preguntó Theron, frunciendo el ceño de impaciencia.

—Porque está enfermo, repuso Eduardo Bouneville.

—Esa enfermedad deja en suspenso el plan que debemos seguir, y me contraría terriblemente, murmuró Theron.

—A mí tambien, repuso Eduardo, quedando los dos descontentos de la enfermedad del austriaco.

Laura entró en la alcoba de la reina, riyendo estrepitosamente, y se dejó caer sobre el lecho con su franqueza habitual.

—¿Por qué te ries, Laura? preguntó la hermosa reina Margarita.

—Porque la conferencia de anoche tiene al príncipe enfermo en cama, repuso Laura, estremando su hilaridad.

—¿Qué dices? preguntó Margarita, pintada en su rostro la sorpresa.

—Que no he podido ver á D. Juan, porque me ha dicho Tarsis, que está enfermo y que en este instante reposa.

La reina se mordió los labios que acababa apenas de ungir, y dijo á Laura con una sonrisa de despecho:

—Manda que apresuren al momento los preparativos de mi viaje, añadiendo para su interior: duque de Alenzon, ya tienes en mí una aliada, ya puedes aspirar con fruto á la dominacion de Flandes.

—Mucho has tardado, ¡vive Dios! decia D. Juan al jóven paje, viéndolo entrar en su aposento, al mismo tiempo que la reina formaba proyectos de venganza.

—Y pensaba no venir, señor, repuso Gonzalo tristemente.

—¿Por qué, Gonzalo? preguntó el príncipe, sentándose sobre su lecho.

—Vuestra alteza me dijo, que no viniera sin *la dama negra*, y *la dama negra* salió de Namur una hora antes de amanecer.

—Bien se ha vengado, murmuró el príncipe y despidió al paje con la mano.

Tres personas se habian propuesto realizar tres planes distintos, y los tres quedaron fallidos, porque el *hombre pone y Dios dispone.*

CAPÍTULO XIX.

EL CONDE DE BARLEMONT.

Los caballeros de la corte del príncipe y las damas de Margarita deploraban la enfermedad de D. Juan de Austria; repentina indisposicion que ponia coto á los placeres, y que apresuraba quizás la partida de la jóven reina, para la cual se habian comunicado las órdenes con beneplácito del gobernador, que veia roto su insoportable cautiverio.

Alrededor del lecho de D. Juan estaban Octavio Gonzaga, Andrés de Prada, el conde de Barlemont y el señor de Hierges, su hijo, guardando religioso silencio.

—¿Qué tenemos, conde de Barlemont? preguntó el príncipe.

—Señor, está indispuesto V. A. y se fatigará demasiado si nos ocupamos de negocios, aunque los hay bastante urgentes.

—No es tan grave mi enfermedad que me impida ocuparme de ellos. Hablad, conde, si teneis que darme algunas nuevas.

—Señor, diariamente entran en Namur varios soldados alemanes, y segun creo, entran con no buena intencion.

—¿Se presentan en mucho número? preguntó D. Juan tranquilamente.

—En número considerable. Pasarán de doscientos, señor, repuso el anciano.

—Conde, os engañan vuestros espías, si no están ellos engañados.

—Señor, aseguro por mi honor que no serán en menos número.

—Pero sí en mayor, noble conde. Mas de quinientos aventureros se alojan en Namur: las posadas están plagadas de alemanes.

—No creo, señor, que los conjurados lleguen á quinientos.

—Conde, lo sé por un conducto muy seguro. ¿Y qué dicen los aventureros? ¿Cómo se espresan los conspiradores alemanes?

—Dicen, que vienen á pedir los atrasos que se les adeudan.

—Es verdad, conde, que eso dicen. ¿Y quiénes son sus jefes?

—No reconocen jefe, señor, y cada cual obra por su cuenta.

—Os engañan lastimosamente. En el *parador de los caballeros* paran tres hombres, conocidos vuestros y mios. Se llama el uno, el capitan Roberto, comisario imperial en Malinas para arreglar las cuentas, que fué causa de romper las negociaciones: el segundo se hace llamar capitan Rodolfo, y se llama Mos de Theron: el tercero es Eduardo de Bouneville, señor de Capres. Estos son los jefes ocultos de los aventureros que llegan: estos son, conde, los que reunen á los soldados alemanes.

Todos miraron á D. Juan, admirados de que tuviera unos informes tan ecsactos, el príncipe continuó:

—Estos jefes han formado planes distintos, con arreglo á sus diversas instrucciones y á los bandos